

LOS "MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA" Y LA VECINDAD HUMANA DE GONZALO DE BERCEO

Alfredo Jorge Maxit

La poesía de Berceo es un derrame de su corazón. No podía ser de otro modo, si es la devoción mariana el motivo inspirador. En la raíz del auténtico voto late el ardiente anhelo.

Lo característico de su devoción es el modo de presentarnos a la Virgen y a todos los que participan de su cosmovisión.

Rafael Lapesa ha hablado de "sensación de inmediatez" y es eso lo que nos ocupa en Berceo.

Todo buen lector de poesía española sabe que el autor de los **Milagros** maneja con naturalidad la alquimia de lo terrestre, tanto para hablar de lo conocido como de lo desconocido. "A modo humano" es su fórmula.

La Virgen es un prado, lugar ameno, pero lugar. Y ese prado verde se puebla de fuentes, árboles, aves, ruiseñores, flores, hombres, "...Agustín, Gregorio, otros tales..."

Los Milagros mismos, esa señal de lo divino, ese aviso de lo distinto son "los arbores que facen sombra dulz e donosa".

Para Berceo, lo terrenal es el camino apropiado para "acaecer" en lo sobrenatural.

Nadie ni nada se salva de esta transmutación. Ni siquiera "El Rey de los cielos, alcalde savior". Cristo aparece, frecuentemente, como el hijo parido, mamador de leche. ¿Y los santos? Conservan en el cielo, el aprecio o el celo. Célebres las espaldas vueltas de Santa Inés y el ojo "feiamente" catador de San Lorenzo. Los ángeles hablan, se mueven, discuten, piensan, se conduelen. Los demonios no padecen de ignorancia, intervienen en escolásticas disputas y gustan de dar coces o de jugar a la pelota con el alma.

¡El alma! Hela, salida de su "veia posada", pero atada de pies y de manos, como un paquete.

El Demonio mismísimo sufre un proceso de metamorfosis que lo sigue teniendo como habitante de este planeta. En el milagro XX se lo puede

encontrar bajo las formas de un toro embravecido, de "can firiendo colmelladas", de león fiero como nunca.

Sobre él y los de su cofradía, unas sartas de palos, lanzadas, puntapiés que nos llevan al mundo de la comedia antigua o al de las farsas o espectáculos de retablos. ¿No es el entretenimiento una de las finalidades del relato? "Avien, esti miraclo por solaz cada día".

Y humano, bien humano, el mundo de los hombres. Los celos de Teófilo, el gozo en el dolor ajeno, las posibilidades del soborno, la pasión de la carne, del vino, del dinero... Humanos los clérigos, obispos, cardenales. Y humana, ¿sólo humana?, la solicitud maternal de la Virgen, "duecha en acorrer".

Para que exista mediación es preciso el error, la culpa. El pecado es coprotagonista de los Milagros. Y nada, tan humano como él. Por eso, Berceo, un creyente total, mira con ojos del corazón, es decir miseri-cor-diosos, la consabida fragilidad de los hermanos de Adán.

Sirva como ejemplo el juicio de Jorge Guillén: "Berceo, nunca desterrado, se siente sin cesar en su casa: la casa de Dios".

Nosotros, hombres del siglo XX, no podemos menos que pensar en el arraigo del clérigo y en nuestra falta de adecuación, no solamente para el mundo de lo sobrenatural, sino para el propio mundo sensible que habitamos.

Pensamos en lo que escribiera Martín Buber, por ejemplo.

"...Podemos distinguir en la historia del espíritu humano épocas en que el hombre tiene aposento y épocas en que está a la interperie, sin hogar. En aquéllas, el hombre vive en el mundo como en su casa, en las otras el mundo es la interperie, y hasta le faltan a veces cuatro estacas para levantar una tienda de campaña".

En este universo de lo inmediato creemos encontrar una connotación estilística que refleja con propiedad tal cercanía. Nos referimos al adjetivo sustantivado "vecino" y al sustantivo "vecindad".

La segunda copla de la **Vida de Santo Domingo de Silos** nos sirve de presentación:

"Quiero fer una prosa en román paladino, en qual suele el pueblo fablar a su vecino. Ca non so tan letrado por fer otro latino: Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino".

Manifiesta intención artística de un ayuntamiento lingüístico. Uso de la lengua nueva pero cotidiana, sencilla, popular.

Pero, ¿de dónde vendrá este vocablo "vecino"? Del latín "vicinus", derivado de "vicus", barrio, pueblo, villorrio. El último, "vicus", pariente probable del griego "oikía", casa. ¿Será que, hasta en el lenguaje, Berceo se encuentra como en su casa?

Jean Corominas ubica al vocablo, a fines del siglo X. Su derivado "vecindad" es contemporáneo del Poema del Cid, hacia 1140. El resto de la familia: vecinal, vecindario, avecinar, circumvecino son posteriores, y en mucho, a los dictados del maestro Gonzalo.

Vayamos a **Milagros de Nuestra Señora** y detengámonos en aquellas expresiones, tan linderas, que penetran en la casa del poeta, o sea, en la continuidad mundo-cielo y colocan "ahí", todo lo que ocurre.

Milagro I, ocurre en Toledo, junto al Tajo caudal. Allí "ovo un arzobispo", San Idelfonso.

"Que fue de la Gloriosa amigo natural" (I, 48, d.)

Como se ve, entre el santo y María no existe ningún salto, ninguna ruptura de naturaleza.

Cuando el amigo de la Virgen es un pecador, como el clérigo florecido en la boca y con tez más fresca que manzana, se percibe la contrariedad de la Gloriosa y su pronta intervención, ante la separación social de su "cancillerio" muerto.

"Defuera de la villa entre unos riberos. Allá lo soterraron non entre los dezmeros". (III, 104, c-d.)

Al pobre caritativo lo llevará al reino de su Hijo "que es bien tu amigo".

Y al clérigo cinco veces gozoso, lo alienta en su enfermedad llamándolo también "amigo" y asegurándole, además, que su pulso es perfecto. De lo que se trata, como en toda la obra, es de no perder contacto con quien es "salut e medicina".

"Io cerca de ti estando, tu non ayas pavor". (IV, 126, a.)

Y el cielo es una casa, donde Pedro ejerce su tradicional oficio de "clavero celestial". Y por allí van, en procesión, pidiendo por un monje amigo del santo.

"Tornó en la Gloriosa Madre del nuestro don,
E en las otras virgines que de su casa son:
Fueron ellas a Cristo con gran suplicación,
Por la alma del monge, fiçieron oración". (VII, 168)

Claro que en casa tan espaciosa, como la de los Milagros, los demonios también poseen un rincón y pueden efectuar sus reclamos domiciliarios. Así lo hicieron ante el Apóstol Santiago, pidiendo por el romero Guiral que "matóse con su mano".

"Es por todas las guisas nuestro parroquiano" (VIII, 201, c.)

Es cierto que los vocablos "vecino", "vecindad" no están presentes en todas las narraciones. Sin embargo, aparecen alternadamente desde la Introducción hasta el Milagro XXIV, el de Teófilo, término artístico de la obra.

Hay casos en que las expresiones tienen que ver con la relación con el prójimo, primer vecino.

Buena o mala relación, que la división ética es la única franja divisoria de los hombres. Franja que puede pasarse por alto, con la más mínima mención de Santa María.

Mala, en el Milagro de la Iglesia robada.

"Tres caballeros eran de una atenencia,
Con otro so veçino avial mal querencia,
Matarienlo de grado, si oviessen potencia,
En buscarli muerte mala metien toda femencia". (XVII, 378)

Mala, cuando el labrador avaro, aquél que cambiaba los mojones de sus campos para acrecentar en herencia.

"Avie mal testimonio entre su vecindat". (XI, 271, d.)

Son los que no quieren habitar una misma casa; los que no comparten la cosmovisión del bien.

Otra es la situación del burgués Valerio, "de mui gran corazón". Aquel merecer derrochador.

"Por exaltar su fama, el su precio crecer,
Derramava sin duelo quanto podie aver:
Si menguava lo suio, aun por más valer
Prendie de sus veçinos mudado volunter". (XXIII, 628)

Es la contrapartida del labrador. Este prestaba su dinero a interés, Valerio los pide a propósito, "volunter".

Por eso, si el prestamista judío, ante quien tuvo que acudir, no podía aprobar aquella falta de previsión, sí le prestaban su admirado consentimiento el narrador, y la Virgen y el Niño, que atestiguan por él.

Esta relación con el prójimo, esta obligación con los de su propia casa, es lo que lleva a Teófilo a hacer público su arrepentimiento.

"Pidió culpa a todos los de su vezindad". (XXIV, 856, a)

Y en esta convivencia, el alma misma se transforma en un habitante. Los ángeles quieren llevarla para su barrio.

"Quisieron acorreli, ganarla por veçina". (IX, 274, c.)

María es la cercana por excelencia. El mínimo gesto, la breve plegaria, el recuerdo bastan para que la Gloriosa ejerza sus oficios de buena vecindad, "así en la tierra como en el cielo". Es la "compañera", la buena Madrina.

Y no se trata únicamente de la presencia física y espiritual de María, una imagen suya también simboliza y corporaliza su estar en el mundo de los hombres.

Tal lo ocurrido con la figura respetada por el fuego.

Milagro que será contado "Mientras el mundo sea" y que incluso puede contener la eficacia de la salvación: "Algún malo por ello fo a bien conbertido".

Aquella efigie del monasterio de Sant Miguel de la Tumba, cercado por el mar, hace mejores a los hombres que pueden venerarla, allí, con el Hijo en brazos, corona de reina, con velo y "bien entallada".

"Valie más essi pueblo que la aive vezina". (XIV, 320, d.)

Gonzalo de Berceo, el "dictador" de los milagros marianos, no ahorra voces para llamar a la que es raíz de todo nombre. En la introducción brotan en forma letánica: estrella, reina, vellonciono, fuente, puerto, puerta, paloma, granada, olivo, alta palmera...

"Sennores e amigos, en vano contendemos,
Entramos en gran pozo, fondo nol trovaremos". (2, a, b)

Entre ese sonoro afluir de títulos, quizás ninguno haga tan humana a la Virgen, como el que destaca un verso del prado florido.

"sennora natural, piadoza vezina" (33, c.)

Allí está Ella, en medio del mundo de los pecadores, conviviendo con ellos, cotidiana "vezina".

Un siglo más, y otro clérigo, el Arcipreste de Hita, describirá con el mismo sustantivo, a una viuda rica de Calataút: "de mí era vezina: mi muerte e mi salut". Otra cosmovisión y otro tipo humano.

Berceo es el creyente. Su mundo, el del favor mariano. La "vezina" es, por encima de todo, piadosa.

Entre los actos benevolentes de la Madre y Reina, el clérigo cuenta el de convertir la diaria palabra, usual, en la palabra poética.

De Ella depende todo, hasta los "pocos viessos" que el su "Gonzalvo" quería "fer". Así lo confiesa, humildemente, en la antepenúltima estrofa de la Introducción.

"Quiero en estos arbores un ratiello sobir,
E de los sos miraclos algunos escribir.
La Gloriosa me guie que lo pueda complir,
Ca yo no me treveia en ello a venir."